

JOHN R. SEARLE

¿Qué es el dinero?

¿Por qué razón debería considerar dinero el pedazo de papel que tengo entre las manos? Para responder esta pregunta es preciso afrontar una compleja serie de cuestiones de filosofía del lenguaje ordinario.¹

Esa rama de la filosofía del lenguaje está actualmente desacreditada, pero desde un cierto punto de vista yo considero que gran parte de la filosofía es en realidad filosofía del lenguaje ordinario. Si realmente se quiere realizar un análisis de la verdad, o de la causalidad, o de la virtud, se debe prestar atención a los contextos en los que se definen los términos «verdad», «causalidad» y «virtud» en el ámbito del lenguaje ordinario. Se puede deliberadamente prescindir de los usos, pero si la investigación busca ser filosóficamente relevante entonces tiene que fundamentarse en el lenguaje ordinario. Constituyen una excepción las cuestiones estrictamente técnicas: si, por ejemplo, se pretende definir la implicación filosófica del principio de superposición de la mecánica cuántica, el uso ordinario

¹ Este texto es una reelaboración, revisada y ampliada, de algunas ideas que publiqué en el *Cambridge Journal of Economics*.

de términos como «superposición», «mecánica» y «cuántica» será prácticamente inútil; por el contrario, para cuestiones filosóficas tradicionales como la verdad, la causalidad, la virtud, etcétera, no existe vía de escape del lenguaje ordinario.

Por otra parte, podría parecer que la naturaleza del dinero fuera una cuestión para economistas y que por tanto un profano como yo no debería entrometerse en intentar explicarla. Creo que hay muchos aspectos técnicos relativos al dinero —como por ejemplo las tasas de interés y su influencia sobre la masa monetaria y la consiguiente propensión marginal al consumo— que exceden ampliamente de mi radio de acción, comprensión y capacidad de especulación filosófica. No obstante, la experiencia me ha enseñado que muchas disciplinas técnicamente profundas se basan sobre hipótesis teóricas no desarrolladas y sin resolver y, por tanto, no es tan descabellado que una persona aparentemente ajena a la cuestión se aproxime a ella para intentar explicarla. Algo parecido me ocurrió cuando me interesé por la inteligencia artificial y descubrí que muchos de los técnicos implicados en desarrollarla continuaban sin comprender algunas distinciones fundamentales entre las simulaciones computarizadas y los procesos mentales.² En cualquier caso, he decidido que seguiré adelante con mi intento (de aficionado) por comprender la naturaleza del dinero. Me parece que la estrategia correcta para avanzar en este recorrido teórico debe partir, antes que nada, de una definición del dinero, y analizar a continuación cómo algunas entidades satisfacen esa misma definición y otras, en

2 J. R. Searle, *Mind, Brains and Science*, Harvard University Press, Cambridge, 1984. Hay edición española como *Mentes, cerebros y ciencia*, Cátedra, Madrid, 2001.

cambio, no lo hacen. La tesis de este texto puede resumirse en una frase: el dinero es una función de estatus. Con el fin de justificar mi tesis, debo explicar qué es el dinero y qué es una función de estatus. Antes de hacerlo, sin embargo, debo aclarar otras cuestiones absolutamente fundamentales; comenzaré por la naturaleza de la objetividad y de la subjetividad.

I. Objetividad y subjetividad

La objetividad concierne, y mucho, a toda nuestra cultura filosófica y científica. La distinción entre objetividad y subjetividad es crucial en nuestra tradición filosófica. Tal diferencia se caracteriza por una ambigüedad fundacional que resulta a menudo desastrosa: me refiero a la ambigüedad que hay entre sentido epistémico y sentido ontológico, donde «epistémico» hace referencia al conocimiento y «ontológico», a la existencia. Desde un punto de vista epistémico, la distinción atiende a los distintos grados de objetividad de la verdad. Por ejemplo, si digo que Barack Obama ha sido el primer presidente afroamericano de los Estados Unidos, estoy expresando un hecho objetivo. Que tal afirmación sea verdadera o falsa puede establecerse objetivamente. Pero si digo que Barack Obama ha sido un presidente mejor (y con diferencia) que Donald Trump, estoy expresando —como suele decirse— una opinión personal, y por tanto epistémicamente subjetiva. Esta distinción se fundamenta en los diferentes modos de existencia. Las montañas, las moléculas, los océanos y las galaxias existen con independencia del hecho de que tenga experiencia de ellos. Son, pues, ontológicamente objetivos. Los dolores, las cosquillas y los picores, por otro lado, son

ontológicamente subjetivos puesto que existen solamente en la medida en que los experimente un sujeto humano o, más en general, un sujeto animal. Un aspecto relevante de esta distinción es que puede haber afirmaciones epistémicamente objetivas a propósito de una cuestión ontológicamente subjetiva. Por ejemplo, la conciencia es obviamente algo subjetivo desde el punto de vista ontológico. Los estados de conciencia existen solamente en la medida en que se tenga experiencia de ellos, pero las afirmaciones sobre la conciencia en neurobiología pueden, a pesar de las premisas, ser epistémicamente objetivas. A menudo se yerra al confundir los dos planos que acabamos de describir: se trata de un error filosófico bastante frecuente.

2. Relativo al observador e independiente del observador

Existe otra distinción, relacionada con la que acabamos de describir, pero diferente en algunos aspectos: se trata de la distinción fundamental entre las características de la realidad que existen con independencia de lo que los otros piensan o sostienen, y las características de la realidad que son dependientes de las disposiciones de los demás. Describo esta distinción como aquella que se da entre entidades que son dependientes del observador y de su mente (entidades relativas al observador) y entidades que son independientes del observador.

Los ejemplos que he puesto anteriormente acerca de las montañas, las moléculas y las galaxias serían ejemplos de entidades que existen independientemente del observador. Sin embargo, como es lógico, muchas otras entidades dependen de la mente del observador; entidades sobre las

que podemos hacer afirmaciones epistémicamente objetivas, como el dinero, la propiedad privada, el gobierno y el matrimonio: todas ellas existen en cuanto tienen relación con comportamientos humanos. No son independientes del observador, sino que son dependientes del observador y están relacionadas con él. Por lo que respecta a la relación entre estas dos distinciones, debe señalarse que todos los fenómenos dependientes del observador contienen en realidad también elementos de subjetividad ontológica porque existen solamente en la medida en que son pensados, o considerados, como existentes. Sin embargo, sobre muchos de estos fenómenos podemos hacer afirmaciones epistémicamente objetivas. De nuevo, esto es evidente en el caso del dinero. El dinero existe solamente en la medida en que una entidad es pensada en cuanto dinero. Su existencia depende, por tanto, del observador. No obstante, podemos hacer afirmaciones epistémicamente objetivas sobre el dinero y, más en general, sobre otros objetos cuya existencia depende del observador. El hecho de que yo tenga en la mano un billete de veinte dólares es epistémicamente objetivo, si bien el hecho de que este objeto que tengo en la mano sea un billete de veinte dólares contenga elementos de subjetividad ontológica. Se trata de un billete de veinte dólares solo si se observa en relación con nuestras convenciones y en relación con la idea común que tenemos sobre este billete.

Los fenómenos dependientes del observador tienen origen en estados mentales conscientes, o a veces inconscientes; pero los estados mentales que provocan fenómenos relacionados con el observador no tienen en sí mismos relación con el observador. Tienen, podríamos decir, existencia propia, del todo intrínseca o independiente del observador.